

Cuando el poema anterior habla del fruto y del ave sólo ha escogido dos del infinito número de seres y cosas condenadas a caducar en su prisión formal. La percepción de la forma misma como cárcel, sin embargo, no es más que el primer paso de un proceso que descubre muchos otros tipos de aislamiento. El hombre, sobre todo, no puede dejar de sentirse prisionero. Su vida es un paréntesis de tiempo, y éste un paréntesis de eternidad. Vivir es transcurrir, más bien andar la distancia que nos separa de la muerte, con un séquito molesto de seres y de cosas:

*Viajo a través del tiempo  
en la compañía incómoda de las cacerolas,  
de esos muebles inválidos que se caen de sueño  
y esos rostros, extraños inquilinos,  
que habitan desde hace años mi memoria.*

*Solicitan mi mano a cada instante  
monedas, estilógrafos, cucharas,  
los objetos más varios y dispares,*

.....

*Viaje sin estaciones es el mío  
por un desconocido itinerario  
en un vagón inmóvil donde cambian sus signos  
las cacerolas limpias y el espejo,  
diáfano historiador de la vida del cuarto.*

*(Biografía, pp. 17-18.)*

1. Por un lado tenemos aquí la representación del tiempo como espacio: lo cual es una manera de decir que es el hombre, y no el tiempo, quien transcurre; de ahí que el pasado sólo exista como memoria humana.

2. El protagonista poemático, que otrora hallara consuelo proyectándose a la exterioridad, al mundo de las cosas, ahora, y no sin ironía, encuentra su compañía un tanto incómoda.

3. Las cosas solicitan la mano del hombre porque su existencia se justifica según su funcionalidad utensiliaria.

4. El hombre, creador de sentido y de significación, aun cuando los signos se trastruecan, carece de dirección y no sabe justificarse. Todo esto indica la imposibilidad del hombre a sustraerse del tiempo o del vecindario de las cosas. En efecto, cada amanecer le recuerda su condena a vivirse entre y a través de ellas: «Y entro al día a cambiar las cosas de su sitio / ordenando en silencio mi provisión oscura» (*Biografía*, p. 39).

El poema que hemos visto («Viaje a través del tiempo», etc.) se intitula «Costumbre». Los versos citados al fin del párrafo anterior son del poema «Maravillosa, acostumbrada vida». Y las estrofas que vamos a citar son tomadas de otro poema llamado «Costumbre», del mismo libro que los otros. La ironía de estos títulos es evidente y no requiere comentario. Los poemas, por su parte, aluden a una suerte de rutina cósmica en la que todo, incluso el hombre, se encuentra involucrado:

*Galería de los años:  
Entre altas noches iguales  
los días emparedados.*

*El árbol vuelve a vestirse.  
La luz se marcha y retorna.  
Cada cielo se repite.*

*Todo gesto humano, el tiempo  
lo va copiando sin fin  
en su avenida de espejos.*

*Hasta el pájaro es el mismo  
que dejó caer su estiércol  
sobre Tobías dormido.*

*(Biografía, pp. 27-28.)*

Con esta visión iterativa del mundo, el poema niega la linearidad de la historia y el sentido de la vida como proyecto hacia el futuro; en otras palabras, subvierte el orden establecido por anteriores poemas, y postula la repetición como la verdadera realidad. No ya verificadora del ser, la luz se marcha y retorna. «Y los días, entre escoltas de sombra, prisioneros» (p. 40) reiteran la imagen de la cárcel cósmica.

Grande es el cambio que se ha operado en la cosmovisión poética de Carrera Andrade; así lo evidencia el giro metafórico de esta poesía de la soledad que hace que el viento, la lluvia, el polvo y la sombra se confabulen y conspiren contra el orden, la forma y el color del mundo. Si en *La guirnalda del silencio* se hablaba del viento con un cierto afecto ingenuo,

*Tengo ahora un maestro de alta literatura  
que me ha enseñado a odiar todo lo escrito:  
Es el viento del campo, un dulce viejecito  
a quien los campesinos le llaman don Ventura.*

*El sabe muy bien cuándo va a llover, y procura  
avisar en el pueblo llamando a cada puerta.*

*(pp. 27-28)*

ahora se lo increpa y se denuncian sus planes de desorden terrestre. El viento se ha convertido en un corcél indómito que, atrapado en su prisión planetaria, se esfuerza por escapar «alarmando a los árboles, / las velas y los peces» y «pisoteando las cosas con invisibles cascos» siembra la desolación a su paso (*País secreto*, pp. 11 y 12). Como puede verse en *La guirnalda del silencio*, el tono es narrativo-descriptivo. En *País secreto* se impone la vehemencia del discurso directo y la urgencia del apóstrofe: «¡Corre, corre sin fin, oh vagabundo cósmico / por campos y ciudades buscando una salida! / Tu forcejeo inmenso / rompe, agrieta y derrumba: arquitecto de ruinas» (p. 12). A la natural energía de la exclamación la refuerza la vibración consonántica de la «r» y «rr» que se repiten, sobre todo, en aquellas palabras que denotan destrucción.

Más sutil, pero no menos devastador, es el avance del polvo. Si el viento contraviene el orden objetivo de las cosas, rompe su equilibrio y perturba su reposo, el polvo, traicionero, se aloja en ellas y pacientemente mina su cohesión sustancial. El polvo como símbolo del retorno de las cosas y los seres a su disolución es tradicional. Carrera Andrade, sin embargo, lo personifica y lo integra a su universo poético como una de aquellas fuerzas agresivas que persiguen anular o negar la realidad. El polvo es el residuo del ser, es lo que queda cuando las cosas han cumplido su plazo existencial; pero también, como el viento, es «arquitecto de ruinas» y abriga sus propios designios de conquista. Por ello el poeta lo apostrofa e increpa:

*Espíritu de la tierra eres: polvo impalpable.  
Omnipresente, ingrávigo, cabalgando en el aire  
cubres millas marítimas y terrestres distancias  
con tu carga de rostros borrados y de larvas.*

*¡Oh sutil visitante de las habitaciones!  
Los cerrados armarios te conocen.  
Despojo innumerable o cadáver del tiempo,  
tu ruina se desploma como un perro.*

*Avaro universal, en huecos y en bodegas  
tu oro ligero, inútil, amontonas sin tregua.  
Coleccionista vano de huellas y de formas,  
les tomas la impresión digital a las hojas.*

*Sobre muebles y puertas condenadas y esquinas,  
sobre pianos, vacíos sombreros y vajillas  
tu sombra o mortal ola  
extiende su cetrina bandera de victoria.*